

## Unas palabras

Los grandes narradores de cuentos suelen darse entre aquellos escritores que gozan de una imaginación sintética. Pongamos Edgar Allan Poe. A partir de un objeto o un detalle (una botella de amontillado, una carta, un muro, un gorila) son capaces de ordenar un universo mínimo de máximo significado y coherencia. Decía otro de los más grandes, Antón Chéjov, que, si en el inicio de un cuento aparecía un clavo en el techo, el protagonista debía colgarse del mismo al llegar a la conclusión. Y el mayor de todos los cuentistas, Franz Kafka, era capaz de representar y juzgar el cosmos entero a partir de una cucaracha, un jinete, una puerta o una rata que canta.

Ésa es una de las grandes diferencias entre cuentistas y novelistas, pues estos últimos tienen una imaginación analítica y van añadiendo escenas una tras otra, cada una de las cuales se valdría por sí misma en manos de un cuentista (o un dramaturgo: casi todas las novelas de Dickens están compuestas por escenas teatrales consecutivas), pero en una novela carecen de sentido, sólo lo adquieren en tanto que partes de la totalidad. De ahí la similitud entre cine y novela y el fácil paso de uno a otra, cosa que no sucede con los cuentos. Sólo conozco una espléndida adaptación de cuento al cine, «Una historia inmortal», de Orson Welles, a partir del relato de Isak Dinesen, pero no llega a largometraje.

Si hubiera que hacer una transcripción al terreno de lo visual, podríamos decir sin apenas exageración que los cuentistas están del lado de los pintores de naturalezas muertas y los narradores, del lado de los paisajistas. En las naturalezas muertas realmente creativas, como las de Sánchez Cotán, no hay nada prescindible y todo se da en un tiempo simultáneo. En los paisajes, incluso en los muy buenos, siempre podemos eliminar algún elemento, un árbol, una planta, una nube, un conejo, sin menoscabo de la atmósfera sujeta al avatar temporal.

Una vez expuesta mi particular opinión sobre el género, añadiré, a manera de puerta o umbral de los míos, que yo no pertenezco a la exquisita estirpe de los cuentistas. Ni siquiera de los malos cuentistas, algunos de los cuales son muy buenos, como Ambrose Bierce. Me habría gustado ser un mal cuentista, pero mi cabeza no daba de sí como para inventar un universo a partir de algún detalle apenas perceptible. Eso era así porque en mis primeros años me había dedicado a la poesía y es muy difícil, si has pasado por la poesía, acceder luego a un género tan próximo y tan abismalmente distinto como el cuento.

El poema y el cuento están cerca el uno del otro por su concentración, su densidad. Y también porque esa extrema trabazón ha de ser ligera como el aire. En cambio, les separa un abismo, porque el poema jamás puede depender de la unión de los objetos entre sí. En el poema, las palabras no son referenciales: ni siquiera en los poemas de Francis Ponge el jabón es un jabón. El clavo de Chéjov está, desde luego, en la palabra «clavo», pero si en un poema aparece mencionado un clavo ha de ser como metáfora de la crucifixión, por ejemplo.

Y como yo me había habituado a usar las palabras al modo poético, de tal manera que jamás la palabra «nube» podía referirse a un fenómeno meteorológico sino que era una indicación o bien melancólica o bien exaltada del espíritu del poema, una coloración, una música, cuando me

esforzaba por escribir un cuento, inevitablemente, se me diluían los objetos, se esfumaban los útiles y los personajes se movían entre tinieblas, como los fantasmas de Henry James, pero sin su heroicidad. Creo que el lector lo notará muy pronto. Éstos son cuentos escritos por alguien habituado a las visiones de la poesía y no a la moralidad de la narración.

Expuesta, por tanto, mi excusa, descargo toda la culpa de esta edición en Mario Crespo, cuya perseverancia, laboriosidad y generosa amistad son las causas que han acabado por juntar el libro que ahora tiene el lector entre las manos y a quien sólo puedo pedirle benevolencia.

FÉLIX DE AZÚA